

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
1. LA FILOSOFÍA Y SU PUNTO DE PARTIDA	13
2. LOS PRINCIPALES PUNTOS DE PARTIDA FILOSÓFICOS	29
3. LA IMPOTENCIA DE LA FILOSOFÍA PARA UNA DEMOSTRACIÓN TOTAL DE LA VERDAD	55
4. CÓMO DA LA FILOSOFÍA SU PRIMER PASO	75
5. EL PRIMADO DE LA RAZÓN PRÁCTICA SOBRE LA RAZÓN TEORÉTICA	91
6. LA FILOSOFÍA COMIENZA CON UNA POSICIÓN DE VALORES.	113
	135
BIBLIOGRAFÍA CITADA	

LA FILOSOFÍA Y SU PUNTO DE PARTIDA

Sabido es que no hay consenso sobre el concepto de Filosofía. Lo que ésta sea dista mucho de constituir una opinión unánime entre los filósofos. Todos los temas de la Filosofía resultan ya (sin lo cual no serían temas de la Filosofía, sino de la ciencia) cuestiones discutibles, no resueltas; y entre ellos está el propio concepto de Filosofía.

Al tratar de definirlo prevalecen dos direcciones: una teórica y otra práctica, pues hay quien ve la Filosofía como un modo de conocer y hay quien la considera, más bien, como un modo de ser y de vivir.

LA CONCEPCIÓN NOÉTICA DE LA FILOSOFÍA

La primera de ambas concepciones es la que más suele entenderse y decirse, partiendo de la idea de Spinoza (1988: 120), indicada en su *Tratado de la reforma del entendimiento*, de que «pertenece a la naturaleza del entendimiento formar ideas verdaderas». La Filosofía, pues, sería una búsqueda de la verdad, conforme al sentir de Berkeley (1995: 31): «la Filosofía no es otra cosa que el estudio del saber y de la verdad».

Esta concepción se inició ya en buena hora con Aristóteles, quien (1966: 8) distingue cuatro tipos de conocimiento, a saber, el intelecto, la ciencia, la opinión y la sensación (descendientes en cuanto a calidad de conocimiento). Para él la Filosofía es ciencia, en cuanto *cognitio universalis per causas*, idea que luego comparte Tomás de Aquino (1964: 259), quien dice, al comienzo mismo de su *Suma Teológica*, que «el hombre no debe empeñarse en alcanzar lo que está por encima de su entendimiento (...) pero lo asequible a la razón se enseña suficientemente en las disciplinas filosóficas». Antes que él, y en la misma línea, Avicena (1986: 130) había llamado a la Metafísica una «ciencia divina» (porque se ocupa del Ser Supremo), y Clemente de Alejandría (1996: 141) había afirmado que «la Filosofía consiste en la búsqueda de la verdad y de la naturaleza de los seres».

Guillermo de Ockham (1986: 53ss) fue quizás el primero en negar que la Metafísica fuese una ciencia en el sentido moderno de la palabra, alegando la contrariedad de las conclusiones a que ha ido dando lugar. Luego este modo de ver ha prevalecido, y se ha tenido la Filosofía por un auténtico saber, razonado y sistemático, pero sin constituir una «ciencia» propiamente dicha. Pero guardando todo su potencial de heurística intelectual, y esto según las diversas concepciones filosóficas. De modo que, por ejemplo, para el neopositivismo «la Filosofía aspira a aquella clase de conocimiento que nos da la unidad y el sistema del cuerpo de las ciencias, y el que resulta del examen crítico del fundamento de nuestras convicciones, prejuicios y creencias» (B. Russell 1972: 130); mientras que, más allá de todo eso, para Husserl la Filosofía es «conocimiento evidente de esencias».

También lo es para Hegel (1997: 602), el cual, como conclusión a su *Enciclopedia de las ciencias filosóficas*, escribe que «la Filosofía es la idea que *se piensa*, la verdad que sabe, lo lógico, con el significado de que ello es la verdad acreditada en el contenido concreto como realidad efectiva suya»; entendiéndose que «la idea es lo verdadero en y para sí, la unidad absoluta del concepto y de la objetividad» (p. 283). Y en su *Fenomenología del espíritu* afirma el mismo

filósofo (1985: vol. 1, 52) que «colaborar a que la Filosofía tome la forma de la ciencia, es decir, al objetivo de que ella pueda perder su nombre de *amor* al saber y se convierta en *saber real y efectivo*, tal es la tarea que yo me he propuesto».

Esa concepción noética de la Filosofía es la más habitual, siendo formulada así por J. Pieper (1970: 12): «Filosofar significa reflexionar sobre la totalidad de lo que nos aparece, con vistas a su última razón y significado. Además, este filosofar, así entendido, es un empeño razonable e incluso necesario, del que no se puede en modo alguno dispensar el hombre que verdaderamente vive en el espíritu o, sencillamente, piensa».

Para W. Dilthey (1945b: 93) la Filosofía consiste en explicar conceptualmente qué es el ser humano en sí mismo y en sus relaciones con el mundo y la vida; estriba en explicar «el enigma de la vida, que constituye el único, oscuro y espantable objeto de toda Filosofía». Idea que comparte K. Jaspers (1970: 161) con estas palabras: «La Filosofía perfora la cáscara del mundo para moverse en el infinito (...) Empuja hacia los horizontes más lejanos que van más allá del ser del mundo, para experimentar el presente en lo que es eterno».

Este modo de ver es el que adopta también Heidegger (1957: 30), para quien «la Filosofía es la correspondencia del ser al ente», es decir, el saber descubrir en los entes sus condiciones trascendentes de posibilidad; o —dicho en términos kantianos— llegar del fenómeno al noumeno. Y añade dicho autor en otro lugar (1997: 20) que «la Filosofía, por su esencia, nunca facilita más las cosas, sino que las dificulta», porque se preocupa por el auténtico sentido del ser y, con esto, los problemas se agravan, porque la «pregunta ontológica» (es decir, el preguntar por el ente, tal como se hace en la metafísica) produce una «situación confusa».

Para G. Bueno «la Filosofía es una forma de totalización racional crítica universal, no regional». Esa naturaleza cognitiva de la Filosofía deriva del propio origen que Platón (1972: 90) atribuye a la misma, a saber, la *admiración* ante los enigmas de la realidad, según expone en el diálogo *Teeteto*, en el cual este personaje le dice a Só-

crates, sobrecogido por las reflexiones filosóficas de éste: «Por los dioses, Sócrates, que mi admiración aumenta sobremanera al plantearme estas cosas; y sube hasta tal punto que a veces aliento vértigo sólo con mirarlas». A lo cual replica Sócrates: «Muy propio del filósofo es el estado de tu alma: la admiración. Porque la filosofía no conoce otro origen que este».

LA CONCEPCIÓN PRÁCTICA DE LA FILOSOFÍA

Desde Sócrates la Filosofía occidental ha aspirado a guiar el comportamiento humano en un sentido moral. Antes lo estaba haciendo ya la filosofía oriental, dando a la sabiduría un carácter práctico, al consistir en un conocimiento orientador del obrar humano (no del simple «hacer», que es meramente pragmático). Es el sentido en que también la *Biblia* entiende la sabiduría, al indicar que ésta no deriva de análisis intelectuales, sino que *initium sapientiae timor Domini* (*Salmo 110*, 10).

Clemente de Alejandría (1996: 135) distingue entre filosofía y sabiduría: «La filosofía —dice— contribuye a la adquisición de la sabiduría. La filosofía, pues, es una práctica de la sabiduría; la sabiduría, en cambio, es la ciencia de las cosas divinas y humanas y de sus causas. La sabiduría es la señora de la filosofía». Como sea, se está pensando que la Filosofía enseña el arte de vivir bien. Y esta concepción se halla no sólo en autores clásicos, como en los estoicos y en Luis Vives, sino también en modernos y contemporáneos, como Dilthey (1945b: 410), para quien «la Filosofía tiene como función hacer posible, mediante un saber universalmente válido, un obrar autónomo que sea consciente de sus fines».

También para Jaspers (1978: 103s) «el filosofar es un aprender a vivir y a saber morir (... Y si filosofar es aprender a morir, este saber morir es justamente la condición de la vida recta. Aprender a vivir y saber morir es uno y lo mismo». No otra cosa nos decía ya la Patrística. Y, en otra perspectiva, para Max Scheler (1958: 14) la Filosofía no es tanto conocimiento de la realidad cuanto impulso a

participar en el seno de esa realidad, pudiéndose definir la actitud filosófica fundamental como «acto determinado por el amor de participación del núcleo de una persona humana finita en lo esencial de todas las cosas posibles». De este modo la actitud filosófica es de naturaleza moral, más que cognitiva; aun cuando hay que recalcar que «la Filosofía es conocimiento» (p. 15), y es sin duda por esto mismo que «la Filosofía no es en absoluto la *más inmediata* participación en lo esencial permitida al hombre» (*ibid.*). Caben otras formas filosóficas más complejas que el acto de conocimiento, pues, en definitiva, «el ser se extiende más allá del ser objetivable» (p. 18), aprehensible por el conocimiento. Es por eso que Scheler afirma que los valores se captan no por el entendimiento sino por el sentimiento.

Podemos resolver la alternativa *nósis/práxis* de la Filosofía admitiendo que la Filosofía es básicamente un «saber», pero un saber *del mundo y del hombre para el hombre*; un saber que, si bien tiene aspectos teóricos o desinteresados, los tiene también cosmovisionales en cuanto que dan un sentido a la existencia humana y le dan normas para un comportamiento digno y correcto. La Filosofía es un saber racional que, en su origen, comienza en la vida humana y termina en ideas; y, en su sistema, comienza en ideas y termina en la conducta humana. La Filosofía, en sí misma y como tal, es teórica y práctica a la vez; y, en tanto que conocimiento de la realidad, sus conclusiones atañen a la conducta humana, la condicionan y la obligan. El filósofo sabe más que los otros lo que debe hacer; y, si no lo hace, es más culpable que ellos.

CARACTERÍSTICAS DE LA FILOSOFÍA

Decíamos al comienzo del Prólogo que la Filosofía es un saber absoluto y radical. Lo de absoluto lo captó muy bien Dilthey (1978: 95) al señalar que la Filosofía «crece lentamente, ahonda en muchas investigaciones particulares, pero la meta misma está *en el infinito*».

La *radicalidad* del conocimiento filosófico es lo que distingue la Filosofía de las demás disciplinas de conocimiento, pues todas ellas

parten de unos presupuestos que no justifican, mientras que la Filosofía es tal precisamente porque se resiste a partir de presupuestos o, en todo caso, quiere justificarlos. La Filosofía pretende empezar de cero en el conocimiento humano, convirtiéndose así en la base de todo conocimiento. Por eso, incluso, «la Filosofía no puede establecer de antemano su método, sino que el método de la Filosofía es a su vez un problema de la misma. La pregunta, pues, de cómo ha de procederse en el filosofar, sólo puede encontrar respuesta en la propia Filosofía» (A. Anzenbacher 1984: 21).

Aristóteles coincide con lo que estamos diciendo cuando indica que el objeto de la Filosofía es el conocimiento de los primeros principios, escribiendo en el Libro III de la *Metafísica* (1990: 110): «Los axiomas son universales en grado máximo y principios de todas las cosas; y, si no corresponde al filósofo, ¿a qué otro corresponderá considerar lo verdadero y lo falso acerca de ellos?» Ese carácter fundamental de la Filosofía lo aclara Aristóteles (1926: 184a) al decir al comienzo de su *Física* que «solo creemos haber entendido una cosa cuando hemos penetrado las causas primeras de ella, los primeros principios hasta sus elementos». Para obtener claridad en las cosas hemos de proceder de lo complejo a sus elementos, por vía de análisis, pues «lo general es una especie de todo que encierra una pluralidad que constituye como sus partes».

Pero además de su absolutez y su función fundamentante (incluso para sí misma), la Filosofía tiene otras características. Una de ellas es su necesidad, hasta el punto de que al hombre le es imposible dejar de filosofar, de modo que —dice Pascal (1983: 517), pensam. 513— «burlarse de la filosofía es en realidad filosofar». W. Dilthey (1945b: 33) nos habla de ese filosofar que es propio de toda persona razonable, y que le es conveniente. Se trata de «una actitud filosófica que nada contiene de la profesión de un filósofo especializado»; en tal caso «es la Filosofía una propiedad personal, una especie de carácter al que se le ha atribuido el propósito de aligerar el ánimo de la tradición, de los dogmas, de los prejuicios, del poder de los afectos instintivos y hasta del señorío de aquello que nos limita desde fuera. Una especie de energía lógica y de con-

ciencia superior que se aplica a todo y busca por todas partes conexión».

Por fortuna ese filosofar espontáneo e inevitable del hombre no es en él como una compulsión morbosa ni una actividad inútil. Al ser auténtico conocimiento, y conocimiento superior, no sólo colma la apetencia racional humana, sino que además —según decíamos— tiene repercusiones prácticas tan útiles como necesarias. A este respecto se expresa así B. Russell (1972: 131s): «El valor de la Filosofía no puede depender de un supuesto cuerpo de conocimientos seguros y precisos que puedan adquirir los que la estudian (... Pero) la Filosofía, aunque incapaz de decirnos con certeza cuál es la verdadera respuesta a las dudas que suscita, es capaz de sugerir diversas posibilidades que amplían nuestros pensamientos y nos liberan de la tiranía de la costumbre».

Quien así habla es un neopositivista, es decir, un escéptico del valor cognitivo trascendente de la Filosofía. Por eso no ve en la misma una función de conferir sentido al mundo y a la vida humana, sino tan sólo una ventaja «funcional» de ordenar los conocimientos humanos, aclararlos un poco y hacerlos así útiles para la praxis de la vida cotidiana. Pero los que no somos escépticos esperamos de la Filosofía mucho más y le pedimos también mucho más. No todo, como muchos le pidieron; pero sí bastante más.

De ahí la conveniencia de que filosofemos, tal como se nos muestra en el diálogo *Parménides*, de Platón (1972: 936), cuando aquel personaje le dice a Sócrates, aludiendo a su impulso a filosofar: «Profundiza en ti mismo y ejercítate lo más posible en todo eso que parece no servir para nada y que por el vulgo es considerado como charlatanería. Hazlo mientras todavía eres joven, pues de otro modo la verdad se te escapará».

EL PUNTO DE ARRANQUE DE LA FILOSOFÍA

El punto de partida de la Filosofía ha de ser aquella verdad primera, evidente de por sí —es decir, indubitable y segura— a par-

tir de la cual se vaya constituyendo o edificando todo el sistema de verdades que componen el conjunto o edificio de la Filosofía, en cuanto visión total y verdadera de la realidad.

Si tenemos firme esa «primera piedra», y correcto el método para ir edificando bien encima de ella, la Filosofía logrará ese carácter de verdad objetiva sin el cual ella no es nada, fuera de una promesa engañosa o una quimera imposible que se nos ha puesto como caramelo en la boca, y que no hará más que frustrar nuestras ansias de conocimiento.

Ahora bien, ¿cuál es ese punto de partida? ¿Cómo obtenemos ese primer conocimiento? Aquí está el problema, pues la Filosofía, al no ser un saber puramente formal, no puede contentarse con postulados arbitrarios; siendo un saber de realidad, lo que necesita son presupuestos de la realidad. Valgan como ejemplos estos axiomas con que empieza Abentofail (1992: 89s) su discurso filosófico: «es un axioma de la inteligencia que la cosa o es una o es múltiple»; «el mundo sensible es el lugar propio de la multiplicidad y de la singularidad» (p. 90). Y es ahí donde radica la dificultad. Pues el presupuesto que tal o cual filósofo cree intuir con carácter verdadero, no es tal para otro filósofo, ni viceversa. Y así, el primer axioma de Abentofail no sería aceptado por Aristóteles, para quien la cosa es a la vez una (por su substancia) y múltiple (por sus accidentes), y en el segundo axioma haría notar que en el mundo sensible también existe la unidad y la universalidad (por las esencias de las cosas). Otro postulado de realidad (que para muchos está en la base de la demostración de la existencia de Dios) sería este: «si hay algo, debió existir siempre algo», pues de la nada no puede engendrarse nada. Esto lo vio ya Aristóteles (1990: 125) cuando escribió en el L. III de su *Metafísica*: «Si nada hay eterno, tampoco es posible que haya generación. Es necesario, en efecto, que haya algo que es generado y algo de lo que se genera, y que la última de estas cosas sea ingénita». Pero esta última cosa bien puede ser la materia, y entonces la existencia de Dios (de un Dios personal) sigue siendo una incógnita. Refiriéndose a las formas iniciales de intuición que captan la realidad, dice J. M.^a Méndez (1995: 14) que hay dos de ellas (la intui-

ción sensible y la óptica) que captan lo que *es*, otra percibe lo que *debe ser* (intuición axiológica), y otra capta lo que *puede ser* (intuición matemática).

Total, que en lo de los primeros principios han sido muchas las propuestas (cada sistema filosófico empieza con una), pero ninguna ha obtenido la aquiescencia universal.

Son numerosos y diversos los puntos de arranque que se han señalado a la Filosofía. Cada filósofo está persuadido de la verdad y excelencia del suyo. Unos han tenido más aceptación y éxito que otros, pero ninguno de un modo total. Esto es un hecho y, de momento, no hay más en Filosofía. A pesar de lo cual no suele acabarse en escepticismo. Hay escepticismo cuando se concluye en la imposibilidad de ir más allá, de avanzar, y se abandona la lucha; pero mientras haya luchadores por la verdad filosófica se mantiene encendida y prometedora la antorcha de la Filosofía, valiendo aquí aquello de que «lo importante no es ganar, sino participar», es decir, ir en eso lo más adelante o más lejos que uno pueda.

Antes de indicar nosotros mismos el punto de arranque que, a nuestro entender, debe tener la Filosofía (y señalar el cual y justificarlo constituye el objeto del presente libro), bueno será hacer una descripción sucinta de los muy variados que tantos filósofos han ido proponiendo a lo largo de la historia de la Filosofía. En esto se pueden seguir varios criterios, desde un orden cronológico hasta una selección temática. Sin pretender ser rigurosos en esto, ni tampoco exhaustivos, nos limitaremos a señalar las propuestas más significativas.

CONCIENCIA DE LOS FILÓSOFOS DE LA NECESIDAD DE DAR BIEN EL PRIMER PASO

Bastantes filósofos nos han dejado sistemas filosóficos generales, completos y bien trabados. Igual que en una catedral, lo que más se admira en ellos —junto con su grandeza y vastas proporciones— es su estilo propio, su originalidad, su solidez y su estructura lógica.

Hay fundamentos, hay cuerpos de edificio y existen también remates y detalles. Pero de igual modo que en cada bóveda y en cada arco hay la piedra clave, también en el conjunto hay una «primera piedra», la base de todo el equilibrio y la armonía.

Por lo demás los filósofos, cual arquitectos y maestros de obras, al diseñar y edificar el conjunto han tenido buen cuidado de definir y caracterizar esa primera piedra, en la cual está ya contenido en germen todo lo demás. Hay filósofos (Descartes, Spinoza, Kant, Hegel) que han sido particularmente conscientes de este modo de proceder y, guiados por su primer principio, han ido levantando cada parte de su edificio de ideas con una lógica implacable, que a veces choca con la realidad, pero que entonces se afirma (por fuerza de la propia lógica) contra la misma realidad a favor del sistema (tal es el caso, por ejemplo, tanto de Parménides como de Heráclito, los cuales, desde principios opuestos, llegan a la conclusión de que nuestros sentidos nos engañan en la percepción de los fenómenos mundanos).

Fichte puede ser un buen ejemplo del filósofo preocupado en iniciar su filosofía «con pie derecho». Al comienzo de su libro *El destino del hombre* (1979a: 5) se exclama de este modo: «¿Qué soy yo? ¿Cuál es mi destino? Pregunta superflua es ésta; ya hace mucho tiempo que cuanto sé al respecto ha concluido». Pero, no obstante, —sigue diciendo, p. 7— «acogeré con gusto toda otra nueva verdad que encuentre, sea cual fuere. Yo quiero conocer; y con la misma seguridad con que veo que me soporta el suelo que piso, y sé que ese fuego que hay ahí delante me quemará si me acerco demasiado a él, quiero percibir lo que yo soy y lo que seré. Y si no es posible conocer esto, al menos quiero saber que no puede conocerse. Y quiero dar comienzo a esta investigación aunque en ella la verdad se me esconda. Tengo prisa en resolver este asunto».

Algazel (1989: 30s) se dio cuenta de que la verdad para un judío, para un cristiano o para un musulmán dependía del país o familia en que había nacido; y se le ocurrió que para llegar a la auténtica verdad había que remontarse a la auténtica esencia del conocimiento humano en general, partiendo de este principio: «Se me presentó como evidente que el conocimiento cierto es aquel en

el que se descubre lo conocido de un modo que no deja lugar a dudas, no es compatible con la posibilidad de error ni de ilusión y no puede la mente suponer siquiera tal eventualidad (...) Todo conocimiento en el que no hay seguridad no es un conocimiento cierto». Para Algazel, pues, el fundamento de la Filosofía es que la verdad es humana y el entendimiento humano, siendo el mismo en toda la especie, es capaz de alcanzarla, con tal que se atenga al criterio lógico de la verdad y de la certeza.

Esos ensayos podemos reputarlos como clásicos en Filosofía, Más curioso es el modo como el filósofo alemán L. Nelson (1882-1927) arremete con el punto de arranque de la Filosofía. Según él es difícil el problema de ese punto de partida, a causa de los círculos viciosos que se producen. En efecto —dice él— los primeros principios del conocimiento no pueden obtenerse de una inferencia deductiva (ya que entonces no serían básicos) ni tampoco por una inferencia inductiva (puesto que tal inferencia se hace precisamente basándose en aquellos primeros principios buscados); ni tampoco se obtienen por intuición (ya que tales principios no pueden presentarse como verdades evidentes por sí mismas). En vista de lo cual Nelson postuló un «regreso reflexivo» a los primeros principios, que se conocerían de un modo inmediato: el conocimiento —dice este autor— no es propiamente hablando un problema, sino que es un simple hecho, que como tal debe ser admitido. Afirma (Nelson 1973: 497) que «la disciplina filosófica llamada Teoría del conocimiento constituye la auténtica fuente del escepticismo, de modo que contra ella no hay otro remedio salvífico que rechazarla de plano».

UN PRIMER ESCOLLO A SUPERAR: EL ESCEPTICISMO

Decía Balmes: Todo principiante es un escéptico. (Y añadía: Pero todo escéptico no es más que un principiante).

Es normal que se presente la duda al comienzo del discurso filosófico, ya que éste quiere ser pensamiento crítico. Por eso Descartes